

CAPITULO VI

El socialismo y la felicidad.

Uno de los cargos que también formulan los adversarios del socialismo, es que éste pretende ser la panacea de todos los males, haciendo felicidad de los hombres.

Y es casi siempre corolario de esa censura la afirmación de que en el mundo no es posible la felicidad, y de que, por radical que sea la transformación de la sociedad, no por eso se suprimirá el dolor.

Según otros, la mayor sensibilidad que el socialismo promete, será causa de que el dolor aumente también en la misma proporción.

Ni la censura ni su corolario me parecen justos.

El socialismo no tiene la pretensión que

se le atribuye; pero no cree tampoco que sea imposible lograr en este mundo una felicidad relativa.

Nos faltan muchos datos para predecir, como afirma oportunamente Felipe Turati (1), el grado de felicidad que alcanzaremos ó que alcanzarán nuestros hijos.

Pero aun cuando no sea posible descender á una determinación específica, es, sin embargo, posible formular consideraciones de carácter general.

Los socialistas no afirman que el socialismo ha de realizar de golpe y porrazo la felicidad completa.

Lo que, por lógica experimental, sí parece indudable es que las modificaciones que ha de realizar en la vida social tendrán por resultado un aumento de felicidad, ó, cuando menos, una disminución del sufrimiento.

(1) *Critica sociale*, 1.º Enero 1894, página 10. Nota al artículo *El socialismo nos hará felices*.

Acerca de la cuestión sobre pesimismo y socialismo, véanse, además, los siguientes trabajos: GRAF: *Critica sociale*, 1894, número 24, y MOMIGLIANO, números 22 y 23 de la *Critica sociale*, 1893.—Sobre la imposibilidad de obtener la felicidad mediante una transformación social, léase la carta de Olindo Guerrini al senador Marescotti en el libro de este último, titulado *El socialismo, sus axiomas y su carácter*, que resume en forma altisonante las observaciones de muchos pesimistas.

Uno y otra serán mayores á medida que la organización socialista se perfeccione (1), pues sólo después de un período más ó menos largo, á contar desde su instauración, podrán conocerse al detalle sus beneficiosos y positivos efectos.

Son casi innumerables los sufrimientos humanos, intelectuales, físicos y morales, y casi infinitas las causas que les producen, muchas de las cuales aún permanecen ocultas; habrá, pues, que descubrir y eliminar esas causas, para suprimir así los males que son su consecuencia.

Hay otros males que son tan inherentes á la naturaleza humana, que por hoy debemos considerarlos inevitables, porque no cabe separarlos de la naturaleza misma (2).

(1) Es sabido, como observa SPENCER—*Principes de sociologie*, volumen 3.º, página 758—, que las instituciones tardan mucho tiempo en adoptar sus formas definitivas.

(2) «Las dos grandes enfermedades del ser humano que son irremediables y que ningún progreso material es capaz de eliminar, son, en primer lugar, la vejez, que hace que todo ser humano recorra fases sucesivas de prosperidad y decadencia.

«Encamínase el hombre á la muerte sufriendo una serie de muertes parciales; y, haga lo que haga, llegado á cierta edad, degenera, pierde sus facultades gradualmente. Salud, vigor, alegría, memoria, apetito, sueño, fuerza muscular, inteligencia y actividad para

Pero esto no demuestra que por ser imposible llegar á la felicidad absoluta, sea fantástica una felicidad relativa.

«La felicidad, escribe Richet (1), no depende de las circunstancias externas; depende de nosotros mismos, de nuestra inteligencia, de nuestra constitución psicológica.»

Esta afirmación es exactísima; un individuo puede hallarse en la situación objetivamente más feliz, sin serlo subjetivamente por no ser apto para sentir placer en lo que comúnmente lo proporciona.

Pero por lo mismo que, según la psicología enseña, nuestras sensaciones corres-

el trabajo, todo caduca, sin que sea posible en momento alguno contrarrestar esa decadencia.

•En segundo lugar, observa el hombre la imposibilidad de detener el presente. El presente es como una sombra que huye; es un pasado muy reciente y un porvenir muy próximo. En realidad, no hay tiempo presente para el hombre. Un dios adverso se lo roba y sólo vive de recuerdos y de esperanzas.

•De ahí la inestabilidad moral, la inquietud angustiosa que nos hurta el reposo y con él la felicidad.

•No poder vivir en el presente y avanzar siempre, con la pérdida constante de todas las facultades, hacia una muerte cierta, hace la condición psicológica de los hombres bien precaria y bien miserable». Nota, página 251, del libro de CARLOS RICHEL: *Después de cien años*.

(1) RICHEL, obra citada, página 251.

ponden en todo caso á la realidad de las cosas sentidas, en forma tal, que á una determinada sensación corresponde, en el orden externo, un conjunto siempre idéntico de hechos, por lo que en abstracto toda felicidad es subjetiva (1), puede afirmarse que prácticamente la felicidad es siempre objetiva, ó lo que es igual, que la felicidad es la resultante, en términos generales, no de un elemento solo, la constitución psicológica, sino de dos, ó sean la sensibilidad individual y las circunstancias exteriores que la impresionan.

Para las novecientas noventa y nueve milésimas de la humanidad, esas circunstancias son causa de un dolor ó de una alegría.

Siendo, pues, prácticamente el dolor humano, por regla general, producto de las condiciones exteriores, es evidente que, una vez modificadas éstas, se modificará el efecto, y el dolor humano podrá entonces cesar, aumentar ó disminuir.

Cambiando el socialismo las condiciones de vida que actualmente son fuente de infelicidad, es decir, eliminando las causas de ella, faltará á la sensibilidad humana el

(1) TAINE: *De l'intelligence*, volumen 1.º, páginas 155 v 161.

factor cuyo contacto la produce el sufrimiento.

La miseria, la inactividad, la incertidumbre del mañana, el trabajo excesivo, etc., etc., que constituyen otros tantos motivos del dolor, no existirán en el socialismo, y por ello desaparecerán necesariamente el sufrimiento de la miseria, el de la inactividad, etc., etc.

Si se diagnosticasen con escrupulosa atención los elementos de la infelicidad humana, sería facilísimo comprobar que en ellos predomina la organización económica.

Cuando la sociedad se constituya de manera que las ocupaciones correspondan á las aptitudes, los matrimonios á los afectos, el trabajo á la energía individual, hallará el hombre nuevos horizontes de felicidad. Cuando desaparezca la concurrencia desenfrenada que es hoy ley de la vida, é impere en cambio la solidaridad de todos en la lucha para todos, un elemento feracísimo de felicidad surgirá de las ruinas de la envidia, del temor, del odio.

En el socialismo, pues, á causa del mejoramiento de las condiciones de existencia, estará más equilibrada y será más vigorosa la sensibilidad, hoy extraordinariamente excitada.

Pero importa no confundir una sensibilidad enferma con una sensibilidad perfecta, afinada.

La sensibilidad enferma multiplica las causas y la intensidad del dolor, en tanto que la sensibilidad perfecta no hace más que advertir rápidamente los dolores reales.

En el socialismo, la sensibilidad se afinará y depurará más, pero dejará de ser patológica.

El nerviosismo presente, producto de nuestro régimen social, que consume á unos en el esfuerzo mental y físico, y á otros en la inercia y en el vicio, es el elemento principal de nuestra hiperestesia morbosa.

En una sociedad como la socialista donde no exista la feroz batalla diaria para vivir, ni la desgastadora fatiga de muchos á cambio del extenuante ocio de algunos, ni el imperio de la casualidad repartidora de honores y riquezas, el nerviosismo y la sensibilidad anómala que son su consecuencia, tenderán á disminuir y á desaparecer.

El socialismo, suprimiendo por una parte las causas objetivas del dolor, y vigorizando por otra la sensibilidad humana, habrá de ocasionar forzosamente una mayor felicidad, ó cuando menos, una infelicidad menor que la actual.

El socialismo no producirá, ciertamente, la felicidad completa, aparte del sufrimiento que es inherente á la vida humana, en tanto subsista la ignorancia en que vivimos respecto á cuanto nos rodea y á cuanto ocurre á nuestro alrededor (1).

Con mis razonamientos sólo intento demostrar que los socialistas no soñamos con Jauja ni con el Paraíso terrenal, y que nos limitamos á creer que el socialismo hará la vida social más llevadera y menos dolorosa.

Y observo con asombro que mientras en la vida corriente se hace gala de un optimismo que muchas veces resulta estúpido por fundarse en las probabilidades más remotas de la suerte, ó en la siempre desmentida eficacia de muchas leyes (2), se niega

(1) La ciencia, por tanto—conforme observa Morrelli (Revista de sociología, número 2, 1895) en su artículo *La supuesta bancarrota de la ciencia*—, es por sí misma un principio de felicidad. Y la ciencia, en una sociedad *social*, está llamada á progresar extraordinariamente.

(2) MARX NORDAU, en sus *Paradojas* (pág. 28 y siguientes, cap. I), hace esta observación al tratar del pesimismo y los pesimistas.

SPENCER, en la obra citada *Beneficencia*, expresa la misma opinión al hablar de la confianza que se deposita en los administradores, directores de Bancos y hombres políticos, á pesar de que repetidamente dan pruebas evidentes de no merecerla.

y rechaza el optimismo fundado de los reformadores socialistas.

Que salga entre cien mil números el del billete que se juega, es una esperanza que está justificada, como lo está el temor de que la influencia de un accidente cualquiera, en el maremagnum de hechos que actúan en un fenómeno, altere la marcha del fenómeno mismo; en cambio, no se considera justificada, y aun merece una sonrisa de compasión, la esperanza de mejorar la vida del hombre por la radical transformación de las relaciones y del ambiente sociales.

El pesimismo no tiene más ni menos razón de ser que el optimismo. Ambos son frecuentemente falsos porque son formulados *a priori*.

El socialismo es teoría pesimista y optimista á la vez (1). Comienza en el pesimis-

(1) KAUTSKY escribe en su obra *Maltusianismo y socialismo*: "... El socialismo es, sin duda, algo más que una escuela económica; es una orientación filosófica que está en el justo medio entre los pesimistas y los optimistas.

•El pesimista es de ordinario un agudo observador; contempla los males del mundo tal como éste es, y aun tal vez peor de lo que es; ve la lucha de todos contra todos, pero desconfía de que pueda modificarse jamás. Considera irresoluble el problema de hacer feliz á la humanidad.

•El optimista es todo lo contrario. Cuando más, es un

mo, porque comprueba los males actuales, y termina en el optimismo, porque establece, mediante una sociedad distinta, el remedio de los males diagnosticados.

Ser optimista no es ser sincero; es apreciar el mundo en su conjunto, no en sus detalles.

En el siglo de Darwin, á quien Trezza llama el legislador de la evolución, el pesimismo es anacrónico.

«Contempla—escribe el mismo Trezza—la evolución en la eternidad del tiempo y en ella encontrarás la virtud redentora» (1).

Por hoy se puede ser pesimista, por el mañana no; la vida de la humanidad no lo permite.

mal observador que de los dolores del mundo, de la lucha de todos contra todos, ve lo menos que es posible ver, y este mal lo considera simplemente como una excepción. No cree por eso que sea necesario modificar el estado actual de las cosas. Estima resuelto ya en su mayor parte el problema de hacer feliz á la humanidad y juzga que lo que falta se resolverá ello solo.

•El socialista se coloca frente á ambos. Como el pesimista, es siempre un minucioso observador que ve claramente los males del mundo y la lucha feroz de todos contra todos. Reconoce la necesidad de una transformación, y cree que es hacadera. Tiene la convicción de que es posible transformar la lucha de todos contra todos en lucha de todos para todos; no reputa resuelto el problema de la felicidad humana, pero lo estima resoluble merced al conocimiento de las leyes naturales y sociales...»

(1) TREZZA: *Il pessimismo e l'evoluzione.*

CAPÍTULO VII

El socialismo y la patria.

Así como el socialismo no es la negación de la propiedad, sino un estado evolutivo, una transformación de la misma, tampoco es la negación, sino una transformación del concepto de la patria y, por ende, del patriotismo.

Los socialistas afirman que el sentimiento de afecto recíproco que hoy sienten todos los que pertenecen á un determinado país, á una determinada asociación de regiones, ha de ampliarse cada vez más, hasta comprender á la humanidad entera. Los socialistas no combaten el amor al pueblo donde se ha nacido; pero quieren que este sentimiento no sea exclusivista y se traduzca en odio y en antagonismo hacia cuantos han